

Los Tigres de la Malasia



colección moby dick

Emilio Salgari

Los Tigres de la Malasia

*con ilustraciones de
CORÉ*

© Pehuén Editores
María Luisa Santander 537
Providencia, Santiago, Chile
Teléfono: (56-2) 225 62 64 - 204 93 99
editorial@pehuen.cl
www.pehuen.cl

Inscripción N° 59.123
ISBN 978-956-16-0199-4

Primera edición, abril de 1996
Quinta edición, febrero de 2008

Diseño y Diagramación
Pehuén Editores

Ilustraciones
Coré

Se prohíbe la reproducción o emisión total o parcial de este libro, ya sea a través de sistemas eléctricos, electrónicos, mecánicos, químicos, ópticos, de grabación, fotográficos o de fotocopia, sin la autorización previa del editor.

Impresión
Maval

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE



EL ASALTO DEL MARIANA



—¿VAMOS AVANTE? ¿Sí o no? ¡Voto a Júpiter! ¡Es imposible que hayamos varado en un banco como unos estúpidos!

—Pero, ¿qué es lo que nos detiene?

—Todavía no lo sabemos.

—Sambigliong, manda desplegar otra vela. Hay buen viento, y quizá logremos pasar.

—No conseguiremos nada, señor Yáñez, porque está bajando la marea muy aprisa.

—¡Que el diablo se lleve a ese piloto imbécil!

Quien así hablaba se había vuelto hacia la popa con el ceño fruncido y el rostro alterado por la cólera.

Aún cuando ya tenía cincuenta años, era un hombre arrogante, robusto, con grandes bigotes grises cuidadosamente levantados y rizados, piel un poco bronceada, largos cabellos que le salían abundantes por debajo del sombrero de paja de Manila, y adornado con una cinta de terciopelo azul.

Vestía un traje blanco con botones de oro, y le rodeaba la cintura una faja de terciopelo rojo, en la cual se veían dos pistolas de largo cañón, con las culatas incrustadas en plata y nácar; armas, sin duda alguna, de fabricación india; calzaba botas de agua de piel amarilla y un poco levantadas de la punta.

—¡Piloto! —gritó.

Un malayo de epidermis de color hollín con reflejos verdosos, y ojos oblicuos, al oír aquella llamada abandonó el timón

y se acercó a Yáñez con un andar sospechoso que acusaba una conciencia poco tranquila.

—Podada —lo llamó el europeo con voz seca, apoyando la diestra sobre la culata de una pistola—, ¿cómo va ese negocio? Me parece que habías dicho que conocías todos estos parajes de la costa de Borneo, y por eso te he embarcado.

—Pero, señor... —balbuceó el malayo con aire cohibido.

—¿Qué es lo que quieres decir? —preguntó Yáñez, que parecía haber perdido por primera vez en su vida su calma habitual.

—Antes no existía este banco.

—¡Bribón! ¿Ha salido acaso del fondo del mar esta mañana? ¡Eres un imbécil! Has dado un falso golpe de barra para detener el *Mariana*.

—¿Para qué, señor?

—¿Qué sé yo? Pudiera suceder que estuvieses de acuerdo con esos enemigos misteriosos que han sublevado a los dayakos.

—Yo nunca he tenido relaciones más que con mis compatriotas, señor.

—¿Crees que podemos desencallar?

—Sí, señor; en la marea alta.

—¿Hay muchos dayakos en el río?

—No lo creo.

—¿Sabes si tienen buenas armas?

—No les he visto más que algunos fusiles.

—¿Qué será lo que les habrá hecho sublevarse? —murmuró Yáñez—. Aquí hay un misterio que no acierto a desentrañar, aún cuando el Tigre de la Malasia se obstine en ver en todo esto la mano de los ingleses. Esperemos ver si llegaremos a tiempo para conducir a Tremal-Naik y a Darma a Mompracem antes que los rebeldes invadan sus plantaciones y destruyan sus factorías.

Volvió la espalda al malayo, se fue a la proa y se inclinó en la amura del castillo.

El barco que había encallado, por efecto de una falsa maniobra, era un espléndido velero de dos palos, de reciente construcción, a juzgar por sus líneas, y con dos enormes velas, las de los grandes paraos malayos.

Debía desplazar por lo menos doscientas toneladas, e iba tan bien armado, que podía hacerse temer de cualquier crucero mediano.

Sobre la toldilla se veían dos piezas de buen calibre, protegidas por una plataforma movable formada por dos gruesas planchas de acero dispuestas en ángulo, y en el castillo de proa, cuatro bombardas, armas excelentes para ametrallar al enemigo, aun cuando de poco alcance.

Además, llevaba una tripulación demasiado numerosa para un barco tan pequeño, compuesta de cuarenta malayos y dayakos, ya de cierta edad, pero todavía fuertes, de rostro altivo y con no pocas cicatrices, lo cual indicaba que era gente de mar y de guerra al mismo tiempo.

La embarcación estaba detenida en la boca de una bahía extensa, en la cual desaguaba un río que parecía caudaloso.

Multitud de islas, entre ellas una muy grande, la defendían de los vientos de Poniente. La bahía hallábase rodeada de vegetación muy espesa de color verde intenso.

El *Mariana* había encallado en uno de aquellos bancos ocultos por las aguas, que entonces comenzaban a verse por efecto de la marea baja.

—¡Perro de piloto! —exclamó Yáñez, después de haber observado con atención el bajío—. ¡No saldremos de aquí antes de medianoche! ¿Qué me dices, Sambigliong?

Un malayo de cara arrugada y cabellos encanecidos, pero que, sin embargo, parecía muy robusto, se había acercado al europeo.

—Digo, señor Yáñez, que sin la ayuda de la pleamar son inútiles todas las maniobras.

—¿Tienes confianza en ese piloto?

—No sé qué decirle, capitán —respondió el malayo.

—Continúa —dijo Yáñez.

—Eso de haberlo encontrado solo, tan lejos de Gaya, metido en una canoa que no podría resistir una ola, y en seguida ofrecerse a guiarnos... ¡Vamos!... Me parece que todo eso no está muy claro.

—¿Se habrá cometido una imprudencia al confiarle el timón?

—¿Por qué razón ese hombre, que pertenece a vuestra raza, habrá querido perder el mejor y más poderoso parao del Tigre de la Malasia?

—¿Y por qué, señor Yáñez —dijo Sambigliong—, se han levantado en armas tan de improviso contra nuestros amigos los dayakos de la costa? Porque también Tremal-Naik, al crear factorías en estos litorales, antes deshabitados, les ha proporcionado el medio de ganarse la vida cómodamente sin correr el riesgo de caer en manos de los piratas que los diezmaban.

—Esto es un misterio, mi querido Sambigliong, que ni Sandokan ni yo hemos logrado aclarar hasta ahora. Ese imprevisto estado de ira contra Tremal-Naik debe de tener un motivo que ignoramos, pero seguramente alguien ha procurado darle aire para que el incendio sea mayor.

—¿Correrán verdadero peligro Tremal-Naik y su hija Darma?

—El mensajero que ha enviado a Mompracem ha dicho que se hallan en armas todos los dayakos.

—Algo sabremos cuando llegemos al kampong de Pangutarang. La aparición del *Mariana* calmará un poco a los dayakos.

—Y conoceremos el motivo del levantamiento.

—¡Oh! —exclamó de pronto Yáñez, que había vuelto la cabeza hacia la boca del río—. Allí hay alguien que, al parecer, quiere dirigirse hacia nosotros.

Una pequeña canoa con una vela había desembocado por detrás de los islotes que obstruían la desembocadura del río, y dirigía la proa hacia el *Mariana*.

Sólo un hombre la tripulaba; pero estaba aún tan lejos, que no se podía distinguir si era un malayo o un dayako.

—¿Quién será? —se preguntó Yáñez, que no la perdía de vista—. Mira, Sambigliong: ¿no te parece que está indeciso respecto de cómo debe maniobrar? Ahora se dirige hacia los islotes; ahora se aleja para echarse sobre las escolleras de coral.

—Se diría que trata de engañar a alguien respecto de su rumbo; ¿verdad, señor Yáñez? —respondió Sambigliong—. ¿Le vigilarán acaso y tratará, en efecto, de engañar a alguien?

—Eso mismo me parece —contestó el europeo—. Ve a buscar mi antejo, y manda que carguen con bala una bombardera. Trataremos de ayudar en la maniobra a ese hombre, que trata de unirse a nosotros.

Un momento después, dirigía el antejo hacia la canoa, que aún se encontraba a unas dos millas de distancia, y que concluyó por alejarse de los islotes, dirigiéndose resueltamente hacia el *Mariana*.

De pronto, Yáñez lanzó un grito:

—¡Tangusa!

—¿El que Tremal-Naik había llevado consigo a Mompracem y a quien había hecho factor?

—Sí, Sambigliong.

—Pues ahora sabremos algo de esa insurrección, si es él —dijo el dayako.

—¡Oh, sí! ¡No me equivoco; lo veo bien!... ¡Oh!

—Veo una chalupa tripulada por una docena de dayakos, y que parece como que quieren dar caza a Tangusa. ¡Mira hacia la última isleta! ¿Ves?

Sambigliong aguzó la mirada, y vio que, efectivamente, una embarcación muy estrecha y muy larga dejaba la embocadura del río y se lanzaba a toda velocidad hacia el mar, bajo el impulso de ocho remos manejados con gran brío.

—¿Has mandado cargar una bombardarda?

—Las cuatro.

—¡Muy bien! Esperemos un momento.

La canoa, que tenía el viento de popa, bogaba derecha hacia el *Mariana* con bastante velocidad; sin embargo, no podía correr tanto como la chalupa. El hombre que la montaba se hizo cargo de que le seguían, y, dejando la caña del timón, cogió los dos remos para acelerar la carrera.

De pronto, una nube de humo se elevó de la proa de la chalupa, y a los pocos instantes se oyó en el *Mariana* el estampido de un disparo.

—¡Hacen fuego sobre Tangusa, señor Yáñez! —dijo Sambigliong.

—¡Bueno, querido; yo enseñaré a esos bribones cómo tiran los portugueses! —repuso el europeo, con su calma habitual.

Tiró el cigarrillo que estaba fumando, y se acercó a la primera bombardarda de babor, apuntándola contra la chalupa.

La caza continuaba con furia, y la canoa, no obstante los desesperados esfuerzos de Tangusa, perdía terreno.

Otro tiro de fusil partió de la chalupa, pero sin daño alguno, pues es sabido que los dayakos manejan mejor sus cerbatanas que las armas de fuego.

Yáñez seguía mirando, impasible.

—Está en la línea —murmuró al cabo de dos minutos.

Hizo fuego. Se inflamó el largo cañón, produciendo un estampido que repercutió hasta la lejana costa.

A estribor de la chalupa se vio alzarse un chorro de agua; en seguida se oyeron en lontananza gritos de rabia.

—¡Tocada, señor Yáñez! —gritó también Sambigliong.

—Y se irá a pique muy pronto —repuso el portugués.

Los dayakos interrumpieron la carrera y viraron como una centella, con la esperanza de saltar a uno de los islotes antes de que se hundiese la embarcación.

La avería que le produjo el proyectil de la bombardarda, una bala de libra y media por mitad de plomo y cobre, era demasiado grande para que pudiese correr mucho tiempo.

En efecto, los dayakos estaban todavía a más de trescientos pasos del islote más cercano, cuando la chalupa, que se llenaba rápidamente de agua, falló bajo sus pies y se fue al fondo.

La pequeña canoa, viéndose libre de sus perseguidores gracias a tan afortunado tiro, había vuelto a emprender su ruta hacia el *Mariana*, empujada por la brisa.

El hombre que la guiaba era un joven de treinta años, de piel amarillenta, perfil casi europeo, su estatura era más bien pequeña, pero parecía muy fornido; llevaba vendas de tela blanca, que le sujetaban fuertemente los brazos y las piernas, y en las que se veían manchas de sangre.

—¿Le habrán herido? —se preguntó Yáñez—. Ese mestizo me parece que sufre mucho. ¡Eh! ¡Echen una escala y preparen algún cordial!

Mientras los marineros ejecutaban aquellas órdenes, la pequeña canoa dio la última bordada, pegándose al costado de estribor del velero.

El factor de Tremal-Naik ató la canoa a una cuerda que le habían arrojado, amarró la vela, subió con algún trabajo la escala y apareció sobre la toldilla.

Un grito de sorpresa y horror se le escapó al portugués.

El cuerpo de aquel desdichado aparecía acribillado como por una descarga de innumerables perdigones, y de algunas de aquellas heridas todavía salían gotas de sangre.

—¡Por Júpiter! —exclamó Yáñez, estremeciéndose.

¿Quién te ha puesto de ese modo, mi pobre Tangusa?

—Las hormigas blancas, señor Yáñez —contestó el malayo, con voz apagada y haciendo un horrible gesto de dolor.

—¡Las hormigas blancas! —exclamó el portugués—. ¿Quién te ha cubierto el cuerpo con tales insectos?

—Los dayakos, señor Yáñez.

—¡Ah, miserables! Vete a la enfermería y que te curen; después hablaremos. Ahora dime tan sólo si Tremal-Naik y su hija Darma corren peligro inminente.

—El amo ha formado un pequeño cuerpo de malayos, e intenta hacer frente a los dayakos.

—Está bien; ponte en manos de Kibatang, que entiende de heridas, y después envía a buscarme, Tangusa. Por el momento tengo que hacer otra cosa.

Mientras el malayo, ayudado por dos marineros, descendía a la cámara, Yáñez había puesto de nuevo su atención en la desembocadura del río, en la cual habían aparecido tres grandes chalupas montadas por tripulaciones numerosas, y una con puente doble, en la cual se veía uno de esos pequeños cañones

de cobre amarillo llamados lilas por los malayos, fundido con una parte de plomo.

—Tendrán otras chalupas escondidas detrás de las islas, señor Yáñez —dijo Sambigliong—. Somos demasiado fuertes para que vayamos a tenerles miedo, aún cuando conozcamos la audacia y el empuje de esos hijos de piratas y cortacabezas.

—¿No tenemos aún dos cajas de aquellas...?

—¿Balas de acero con punta? Sí, capitán.

—Manda traerlas sobre cubierta, y da orden a todos nuestros hombres para que se pongan botas de mar, si no quieren estropearse los pies. ¿Se han embarcado los haces de espinos?

—También, señor Yáñez.

—Manda ponerlos alrededor de la borda. Si quieren subir al asalto, los veremos gritar como fieras salvajes. ¡Piloto!

Podada, que se había subido hasta la cofa del trinquete para observar el movimiento sospechoso de las cuatro chalupas, descendió, y se acercó al portugués, mirando oblicuamente.

—¿Crees que tratarán de abordarnos aprovechándose de nuestra inmovilidad?

—No lo creo, mi amo.

—¿Hablas sinceramente? ¡Ten cuidado, porque comienzo a sospechar de ti, pues esta encalladura no me parece accidental!

El malayo hizo un gesto para esconder la fea sonrisa que le apuntaba en los labios, y en seguida dijo, con tono de resentimiento:

—No he dado motivo alguno para que dude de mi lealtad, mi amo.

—¡Pronto lo veremos! —contestó Yáñez.

EL PEREGRINO DE LA MECA

SI POR FUERA era bellísimo el velero, que podía competir con los mejores yates de la época, el interior, especialmente la cámara de popa, era realmente fastuoso.

Sobre todo la sala central, que servía de comedor y de salón, estaba alhajada con anaqueles de libros, mesa y sillas talladas e incrustadas de nácar y oro; en el suelo se veían alfombras persas, tapices indios en las paredes.

Del techo pendía una gran lámpara de Venecia, y entre tapices y tapices se veían soberbias colecciones de armas de todos los países.

Tendido en un diván, vendado desde la cabeza hasta la planta de los pies, y envuelto en una manta, estaba el intendente de Tremal-Naik, ya curado, y más animado con el cordial que tomara.

—¿Han cesado los dolores, mi valiente Tangusa? —le preguntó Yáñez.

—Kibatang posee unguentos milagrosos —contestó el herido—. Me ha frotado todo el cuerpo, y ya me siento mucho mejor.

—Pues cuéntame cómo ha sucedido todo eso. Antes de nada, ¿sigue el amigo Tremal-Naik en el kampong de Pangutarang? —Sí, señor Yáñez; y cuando le he dejado estaba fortificándose para poder resistir a los dayakos hasta que llegase usted. ¿Cuándo llegó a Mompracem el mensajero que enviamos a usted?

—Hoy hace tres días, y, como ves, no hemos perdido el tiempo para acudir en socorro de nuestro amigo con el mejor barco.

—¿Qué es lo que piensa el Tigre de la Malasia de tan imprevista insurrección, cuando aún no hace tres semanas miraban los dayakos a mi señor como a su genio tutelar?

—A pesar de las conjeturas que hemos hecho, no hemos adivinado el motivo por el cual los dayakos han tomado las armas y destruido las factorías que tantas fatigas le costaron a Tremal-Naik. ¡Seis años de trabajo, y más de cien mil rupias tiradas quizá inútilmente! ¿Tienes alguna sospecha?

—Voy a contarle lo que hemos podido saber. Hace un mes, o antes acaso, desembarcó en estas costas un hombre que no debe de pertenecer a la raza malaya ni a la bornesa, diciendo que era un musulmán ferviente, y llevaba el turbante verde de los que han hecho la peregrinación a la Meca. ¿Qué fue lo que dijo aquel hombre a los dayakos? Eso ni mi señor ni yo hemos llegado a saberlo. El hecho es que logró fanatizarlos, induciéndoles a destruir las factorías y a rebelarse contra la autoridad del señor Tremal-Naik.

Ese hombre del turbante verde no solamente ha levantado a los salvajes contra la factoría, sino también contra mi amo, pues quieren a todo trance su cabeza, señor Yáñez.

El portugués se había puesto pálido.

—¿Quién será ese peregrino? ¿Qué misterioso deseo le empuja en contra de Tremal-Naik? ¿Tú lo has visto?

—Sí; al escapar de entre las manos de los dayakos.

—¿Es joven o viejo?

—Es viejo, señor; de elevada estatura y flaquísimo; un verdadero tipo de peregrino. Y aún hay algo más que agrava el misterio —añadió el mestizo—. Me han dicho que hace dos

semanas llegó un barco de vapor con bandera inglesa, y que el peregrino estuvo conversando largo rato con el comandante.

—¿Y se marchó pronto esa nave?

—A la mañana siguiente; y yo sospecho que durante la noche desembarcó armas, porque ahora muchos dayakos tienen fusiles y pistolas, siendo así que antes no tenían más que cerbatanas y cuchillos.

—¿De modo que los ingleses se mezclan en este asunto?

—preguntó Yáñez, que parecía muy preocupado.

—Es posible, señor. ¿Sabe las voces que corren por Labuán? Que el Gobierno inglés tiene intención de ocupar la isla de Mompracem, con el pretexto de que constituimos un constante peligro para sus colonias, y que nos enviarán a otra tierra más lejana. ¡Los ingleses, que deben estarnos reconocidos por haberles desembarazado de los tigres que infestaban la India!

—Querido mío, ¿tú crees que el leopardo puede guardar gratitud al mono por haberle librado de los insectos que le molestaban?

—No, señor; porque esos animales carnívoros no tienen ese sentimiento.

—Pues tampoco lo tiene el Gobierno inglés, llamado el leopardo de Europa.

En aquel momento se oyó la voz de Sambigliong, el contra-maestre del *Mariana*, que gritaba:

—¡A la cubierta, capitán!

—¡Llegas a tiempo! —respondió Yáñez—. Acabo de terminar de hablar con Tangusa. ¿Qué hay de nuevo?

—¡Que avanzan!

—¿Quiénes? ¿Los dayakos?

—Sí, capitán.

—¡Está bien!

El portugués salió de la cámara, subió la escalera y apareció en la cubierta.

El sol iba a ocultarse, rodeado por una nube de oro, y teñía de rojo el mar, ligeramente rizado por una brisa suave.

El *Mariana* seguía inmóvil, y como eran aquellos momentos los del máximo de la bajamar, se había inclinado un poco sobre el costado de estribor, de modo que la cubierta aparecía sin banda en aquella parte.

Por el río se veían avanzar lentamente una docena de grandes canoas, entre ellas cuatro dobles, precedidas por un pequeño parao armado con un mirín, pieza de artillería algo mayor que el lila, fundido, como éste, con plomo, cobre y latón.

—¡Ah! —dijo Yáñez, con su flema habitual—. ¿Quieren medirse con nosotros? ¡Muy bien! Tenemos pólvora bastante con que obsequiarlos; ¿verdad, Sambigliong?

—La provisión es buena, capitán —contestó el malayo.

—Observo que avanzan muy despacio. No parece que tengan mucha prisa, querido Sambigliong.

—Esperan a que se haga de noche. Antes que desaparezca la luz es preciso ver qué pretenden.

Cogió el antejo, y lo enfocó al pequeño parao que iba precediendo a la flotilla de chalupas. Iban en él quince o veinte hombres con atuendos de guerra: pantalones estrechos abotonados en las caderas y en el tobillo y, en la cabeza, una especie de birrete muy curioso, de larga visera y con muchas plumas, llamado talung. Algunos estaban armados con fusiles; los más, en lugar del kampilang, pesadas armas blancas de un acero muy fino, llevaban los pijanrant, especie de puñal de hoja larga, y no ondulante como los kriss malayos, y sostenían grandes escudos cuadrados de piel de búfalo.

—¡Hermosos tipos! —dijo Yáñez.

—¿Son muchos, señor?

—¡Uf! Centenar y medio, mi querido Sambigliong.

Dicho esto, se volvió, mirando a la toldilla del *Mariana*. Sus cuarenta hombres estaban todos en sus puestos de combate: los fusileros, detrás de la amura, cuyos bordes estaban cubiertos con haces de agudos espinos, y los hombres de maniobras, que por el momento nada tenían que hacer, en lo alto de las cofas con bombas de mano y carabinas indias de cañón largo.

El sol desaparecía, lanzando sus últimos rayos, tiñendo de una luz áurea y rosada las costas de la inmensa isla. El astro del día se sumergía majestuosamente en el agua. Bruscamente, desapareció el sol, tiñendo de color rojizo encendido, por breves instantes, el horizonte todo; en seguida fue atenuándose aprisa aquella oleada de luz, y, como no hay crepúsculo en aquellas latitudes, muy pronto las tinieblas envolvieron la bahía, las islas y las costas.

—¡Buena noche para otros y mala para nosotros! —dijo Yáñez, que no había podido menos de contemplar, extasiado, aquella espléndida puesta de sol.

Miró a la flotilla enemiga. El pequeño parao, las chalupas dobles y las sencillas apresuraron la marcha.

—¿Estamos dispuestos?

—Sí —contestó, por todos, Sambigliong.

El pequeño parao se hallaba a tiro, y cubría las chalupas, que le seguían en fila, una detrás de otra, para evitar los fuegos de la artillería del *Mariana*.

Sambigliong se inclinó sobre una de las piezas emplazadas en la toldilla, que estaban montadas sobre pernos giratorios para poder hacer fuego en todas direcciones, y después de haber mirado durante algunos instantes, hizo fuego, despedazan-

do el árbol de trinquete del parao, el cual cayó sobre el puente, arrastrando la enorme vela.

Aquel tiro, verdaderamente maravilloso, arrancó furiosos gritos a los que iban en las chalupas; a su vez llameó la proa del barco inutilizado.

El cañoncito del pequeño velero había respondido al disparo del *Mariana*; pero la bala, mal dirigida, no había hecho más que agujerear el contrafoque, que Yáñez no había mandado amainar.

Al disparo siguió una serie de detonaciones secas. Eran los lilas de las chalupas dobles, que secundaban el fuego del parao.

Afortunadamente, aquellos cañoncitos no estaban todavía a tiro, y todo se redujo a mucho ruido y mucho humo, sin daño del *Mariana*.

—Ante todo, hundir el parao, Sambigliong —dijo Yáñez—, y procurad desmontar el cañoncillo, que es el único que puede hacernos daños. Seis hombres a las dos piezas, y menudead el fuego.

Se interrumpió bruscamente, lanzando una mirada hacia la popa. Hizo un gesto de sorpresa.

—¡Sambigliong! —exclamó, palideciendo.

—No tema, señor Yáñez; el parao estará deshecho o arrasado como un pontón antes de dos minutos.

—¿Y el piloto, que no he vuelto a verle?

—¡El piloto! —exclamó el malayo, dejando la pieza, que ya había apuntado—. ¿Dónde está ese bribón?

Yáñez, presa de una agitación vivísima, había atravesado rápidamente la toldilla.

—¡Capitán! —dijo un malayo que estaba al servicio de las dos piezas de popa—, acabo de verlo bajar a la cámara.

Sambigliong, que había sospechado lo mismo, se precipitó por la escalera, empuñando una pistola.

Yáñez lo siguió, mientras los dos cañones tronaban contra la flotilla con horrísono fragor.

—¡Ah, perro! —se oyó gritar.

Sambigliong había sujetado fuertemente por la espalda al piloto, que iba a salir de un camarote y que tenía en la mano un pedazo de cuerda embreada y encendida.

—¿Qué era lo que hacías, miserable? —gritó Yáñez, arrojándose a su vez sobre el malayo, que intentaba resistir al contra-maestre.

Al ver al comandante, el piloto se había vuelto pálido; pero respondió con cierta calma:

—Señor, he bajado para coger una mecha para las bombardas.

—¿A este sitio por las mechas? —gritó Yáñez—. ¡Bribón, lo que tú pretendías era incendiar el barco!

—¡Sambigliong, ata a este hombre! —mandó el portugués—. ¡Así que hayamos batido a los dayakos, nos veremos!

—No hacen falta cuerdas, señor Yáñez —repuso el contra-maestre—. Le haremos dormir durante doce horas, y no nos molestará en ese tiempo.

Agarró brutalmente por los hombros al piloto, que ya no trataba de resistir; le comprimó con los pulgares la nuca, y después le hundió en el cuello, un poco más abajo de los ángulos de las mandíbulas, los dedos índice y del corazón, estrujándole las carótidas contra la columna vertebral. Con esta operación se produjo una cosa extraña. Podada abrió desmesuradamente los ojos y la boca como si sufriese un principio de asfixia, se le hizo anhelante la respiración, echó atrás la cabeza, y cayó en brazos del contra-maestre, cual si estuviese muerto.

—¡Lo has matado! —exclamó Yáñez.

—No, señor —repuso Sambigliong—; lo he adormecido, y hasta dentro de doce horas no podrá despertar.

—¿Hablas en serio?

—Más tarde lo verás.

—Échalo en una hamaca, y subamos corriendo. El cañoneo se hace muy vivo.

Sambigliong levantó al piloto, que no daba señales de vida, y lo tendió sobre una alfombra; en seguida subieron ambos rápidamente a la cubierta, en el momento mismo en que los dos cañones de caza volvían a tronar, haciendo retemblar el velero.

El combate entre el *Mariana* y la flotilla se había empeñado con ardor.

Las dobles chalupas, que, como ya hemos dicho, iban armadas con lilas, se habían colocado en un frente bastante largo a diestra y siniestra del parao para dividir el fuego del velero, empeñándose en proteger resueltamente a las otras embarcaciones que a pesar de su pequeñez llevaban a bordo tripulaciones muy numerosas, reservadas para el ataque final.

Los disparos se sucedían con rapidez, y las balas, aunque todas eran de muy poco calibre, pasaban silbando en gran cantidad sobre el *Mariana*, incrustándose en los penoles, horadando las lonas, maltratando el cordaje y astillando las amuras. Varios hombres estaban heridos y alguno muerto; mas, a pesar de esto, los artilleros de Mompracem seguían cumpliendo su deber con fría serenidad y calma.

Como había disminuido la distancia, comenzaron a tronar las bombardas, lanzando sobre la flotilla descargas de metralla, compuesta en su mayor parte de clavos que herían cruelmente a los dayakos.